

no haciendo alarde de su enérgica é indomable voluntad, sino con la dulce, con la íntima persuasion de una hermana tiernísima y afectuosa.

Blanca, en el seno de la confianza y cuando libres de testigos podian hablar con entera franqueza, trataba al doctor como á un amigo querido á quien se deben muchos favores. Le recibia en su gabinete particular, lo que no hacía con nadie, dándole de este modo una gran prueba de distincion.

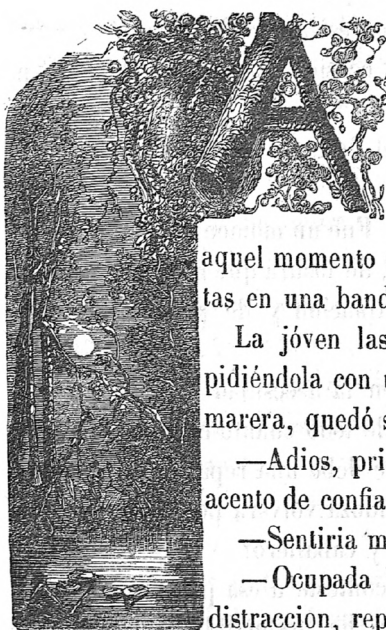
Presenciaremos su entrevista, escuchando atentamente su conversacion.



CAPITULO XIX.



Amor sin esperanza.



Al presentarse el doctor en el gabinete, se inclinó profundamente, exclamando con tono respetuoso:

—Señora, á los piés de V. E.

Lindora estaba delante; en aquel momento presentaba á Blanca varias tarjetas en una bandeja de oro.

La jóven las tomó con aire distraido, y despidiéndola con un signo conocido por la linda camarera, quedó sola con el doctor.

—Adios, primo mio; acércate, le dijo con un acento de confianza infinita.

—Sentiria molestarte; ¿estabas acaso ocupada?

—Ocupada no; preocupada quizá, dijo con distraccion, repasando las tarjetas que tenia en la mano.

De pronto dió un ligero grito, y presentando una al doctor, exclamó:

—¿La conoces?

El doctor la tomó con aquel aire de helada indiferencia que presidia todos sus actos.

Sin embargo, al ver en ella grabado el nombre de *Guillermina San Juan de Mendoza*, no pudo reprimir un movimiento de conmoción, que supo dominar muy pronto.

—Me estraña, dijo devolviéndosela, que use el apellido de Mendoza.

—Yo lo encuentro muy natural; su hijo le lleva, justo es tambien que la madre escude su abandono acogiéndose al nombre de su esposo, y dando de este modo al ingrato una delicada prueba de amor, una seguridad de que nunca ha mirado con ódio aquel lazo que, uniéndola á un hombre por dos dias solamente, la dejó un pedazo de sus entrañas y un nombre infamado, el cual, á pesar de esto, no ha tenido reparo en llevar, compartiendo de este modo con su esposo el desden y la indignacion pública.

—¡Es verdad!.... se contentó con esclamar el doctor.

—¡Oh! ciertísimo. En aquella ocasion Lúcas de Mendoza no obró como caballero.

—Es verdad, volvió á repetir el doctor.

—¿Lo confiesas, primo mio?

—Sí, y lo deploro con el alma. Fué un momento de ofuscacion, un instante de estravío, de vértigo, de locura que no han sido bastantes á borrar quince años de expiacion y de prolongado martirio.

—¿Luego convendrás conmigo en la necesidad de recompensar pródigamente á esa infeliz muger de todo cuanto ha sufrido?....

—Lo comprendo y veo que se le debe una reparacion.

—¿Y se le dará? ¿Lúcas de Mendoza volverá por su buen nombre, mostrándose una vez hidalgo y caballero?

—Permite, prima mia, que no conteste á esa pregunta.

—Es muy estraño; siempre que he pretendido profundizar en este asunto, lo cortas de igual manera, imponiéndote un silencio que concluirá por desagradarme, dijo Blanca fijando en el doctor una mirada casi de enojo.

Éste pretendió permanecer impasible; pero no pudo reprimir la

humedad que cubrió sus ojos y la conmoción que estremeció sus miembros.

Blanca lo advirtió, y apresurándose á dulcificar su acento demasiado brusco en sus últimas palabras, exclamó:

—¡Oh, primo mio!.... ¡cuándo se borrará de tu alma esa quimera!....

—Cuando el frío del sepulcro se haya extendido sobre mi cabeza.

La exclamación de Blanca hacía presentir una historia pasada, y la existencia en el corazón del doctor Alonso de una pasión quizá contrariada que le impedía pensar en otra cosa que no fuese ella.

La contestación de él dejaba adivinar sus intenciones de no hacer nada porque se calmase, prefiriendo seguir amando sin esperanza, siempre en lucha con su destino ó renunciando aquel amor, buscar la felicidad en otra parte, siquiera fuese necesario para el cumplimiento de un sagrado deber.

Blanca, juzgando sin duda prudente no insistir en aquella ocasión, se calló.

Hubo un momento de silencio.

Ella buscaba un medio de reanudar la conversación sin herir la delicada fibra del doctor; él la miraba con una expresión de adoración infinita, su mirada, que velaba una nube de lágrimas, era un drama entero de sufrimiento, de amargura y de dolor.

Blanca, sin mirarle, presentía que sus ojos estaban fijos en ella, y se sentía inquieta. El amor de aquel hombre era su tormento, y no podía apartarle de sí, ni tampoco corresponderle.

Dos veces había intentado alejarle. La primera le dijo, era allá en el Brasil:

—Primo mio: la administración de mis bienes en Rio-Janeiro está muy descuidada; si fueras tan bueno que quisieras ir á nombrar otro administrador mas apto, ¡cuánto te lo agradecería!....

A esta súplica nada tenía que oponer: fué.

Al partir, le dijo Blanca:

—Si aquello te agrada, permanece allí; cuando hayamos de trasladarnos á otro punto, te llamaré.

Estas palabras eran una orden, el doctor lo conoció, comprendiendo al propio tiempo que la jóven deseaba alejarle de sí; no obstante, obedeció.

Por espacio de un año estuvo aguardando inútilmente que le llamasen.

Blanca se trasladó desde la ciudad en que estaba, á una aldea, y aunque allí necesitaba de sus servicios, tampoco le llamó. Entonces, perdida la esperanza, se dejó abatir por una languidez desconocida que le precipitaba en la tumba. Llegó el momento en que fué necesario administrarle los Sacramentos, se avisó á su prima, que volando á su lado, no necesitó mas que su presencia para tornarle á la vida.

Ni una sola palabra se dijeron, allí no podia haber quejas ni exigencias, porque jamás entre ellos medió una inteligencia amorosa.

Él nunca la declaró su amor, como lo hacen la generalidad de los hombres; sin embargo, ella lo conoció y supo hacerle comprender, sin que para ello mediasen palabras, que nunca podria corresponderle, porque siendo una muger altiva, digna y con un corazon elevado y generoso, no podia ni admitir ni concebir un sentimiento indigno que habia hecho la infelicidad de una esposa y madre, causando la prematura horfandad de un hijo tierno.

Aunque Blanca le hubiera amado, que no le amaba ni podia amarle porque su corazon estaba lleno de otro amor tan inmenso y tan imposible como el de su primo, no hubiera nunca alentado ni permitido su pasion, porque el doctor tenia en el abandono á su esposa y á su hijo, y ella no queria ser causa de la desgracia de nadie.

Con todo y aun sintiendo de esta manera, no pudo evitarlo; porque el amor que el doctor sentia, era un amor escepcional, raro, sin ejemplo quizá; pero real y efectivo en aquella naturaleza al parecer tan fria y helada. Aquella naturaleza perfectamente egoista

que reasumió todas sus facultades en un solo sentimiento: el amor de Blanca.

Habia llegado, por decirlo así, á encarnarse en su sér; era una parte de sí mismo, no podia desecharle ni pensar en otra cosa. Amaba sin esperanza, sin exigencias de ninguna clase, pero necesitaba ver constantemente al objeto de su amor; él era la luz de su existencia; si le faltaba, se apagaba su vida lenta pero irremisiblemente.

Por eso en Rio-Janeiro se sintió morir, y la sola presencia de Blanca le salvó.

La siguió á la India, compartiendo juntos mil peligros y salvando á fuerza de sacrificios y de dolores, innumerables obstáculos.

Pasaron algunos años, y llegó un dia en que Blanca determinó su viaje á Europa.

Creyendo curado á su primo de aquella fatal pasion, puesto que nunca le hablaba de ella una palabra, le dijo:

—En Madrid tengo que satisfacer una deuda sagrada, allá me voy; fray Benigno me acompaña; comprenderás que teniendo allí á tu esposa, no puedes presentarte á mi lado sin ir á cumplir con ella los deberes que te imponen la religion y el honor.

—¿Y en España no puedo vivir á tu lado? preguntó.

—No; tienes que quedarte aquí ó marchar anticipadamente á reunirte con tu esposa, le contestó Blanca.

—¡Oh! ¡la eleccion no es dudosa!... exclamó con una espresion de amargura tan dolorosa que conmovió á Blanca.

—¿Y qué resuelves por fin? le dijo.

—Ni aquí ni allí, contestó con suprema resolucion.

Blanca se aterró.

Comprendió alguna cosa funesta y se propuso observar.

Participó sus temores á fray Benigno y continuó sus preparativos de viaje.

Estaban en San Pablo, hermosa ciudad del Brasil, situada en la cima de una montaña y salpicada de bellísimos jardines y buenos edificios.

Allí habia nacido Blanca y conservaba con religioso respeto el

palacio de sus antepasados. Empero la mayor parte de sus bienes los tenia en Rio-Janeiro y en Minas, poblacion llamada así por hallarse en ella las minas mas productivas de diamantes y oro, algunas de las cuales eran propiedad de Blanca.

Para volver á Europa, la jóven queria ir á Rio-Janeiro, dejar arreglados todos sus negocios y embarcarse para Portugal.

Marcharon efectivamente. El doctor fué con ellos; Blanca, creyendo le sería mas agradable quedarse en Rio-Janeiro, no le dijo nada. Llegaron, y cuando todo estaba ya dispuesto para embarcarse, al otro dia le dijo Blanca:

—Mañana partimos; como no has hecho ningun preparativo, supongo te quedarás aquí.

El doctor calló.

—Y bien, continuó la jóven; si esta es tu resolucion, deseo me lo digas para dejarte ámplios poderes que te permitan disponer en mi casa como si yo estuviera

—Nada necesito, porque yo tambien parto, contestó en un tono de resolucion, que hizo esclamar á Blanca con viveza:

—Con nosotros no; persistir en esa quimera, sería ofenderme.

—¡Ah! ¡no quiera Dios que yo pueda darte jamás el menor motivo de queja!.... exclamó con un acento tan sombrío, que hizo temblar á la jóven.

Aquel hombre la aterraba.

—¿Qué piensa?... ¡qué irá á hacer!.... se dijo.

Sin embargo, no le volvió á interrogar.

Su palidez, el círculo morado que rodeaba sus ojos y la expresion de sufrimiento sumo que se advertia en su rostro dejaban conocer que padecia horribilmente.

Amaneció el dia fijado para la marcha. Debian embarcarse á las cuatro de la tarde; eran las dos.

Un criado anunció que la comida estaba servida.

Blanca y fray Benigno fueron al comedor.

—¿Se ha avisado á mi primo? dijo Blanca viendo que faltaba el cubierto del doctor.

—No, señora, contestó el criado; porque salió esta mañana, di-

jo que le era muy doloroso despedirse de V. E., y que se marchaba al campo.

Blanca calló; pero en igual de sentarse á la mesa, pidió un caballo, y haciéndose acompañar de un criado, partió á escape á una especie de casa de campo llamada Santa Clara, que poseia en las inmediaciones de Rio-Janeiro.

Un presentimiento fatal la arrastraba.

En Santa Clara se quedó el año 34 cuando llegó al Brasil; allí permaneció muchos años acompañada solamente de su primo; allí dejó sus hábitos de niña para convertirse en muger; allí pasó su adolescencia entre pájaros y flores; halagada, arrullada dulcemente por su primo, y dormida mas de cien veces en sus brazos con la cándida confianza de una niña en el seno de su madre.

Allí tambien, al pasar de la adolescencia á la juventud, se vió acometida de una grave enfermedad que la puso á las puertas del sepulcro; y el doctor, que por entonces estudiaba la medicina, la salvó, no apartándose ni un solo minuto de la cabecera de su lecho.

Allí en Santa Clara, durante aquellas largas noches de insomnio y de agonía, fué donde brotó impetuoso y potente aquel amor tan inmenso, tan profundo, aquel fuego voraz que amenazaba consumir el corazon de su infortunado primo.

Allí tambien fué donde la primera vez que le apartó de su lado, le encontró moribundo: necesariamente debia ser allí donde él se retiró á morir.

A Santa Clara, pues, fué á donde se encaminó Blanca, presintiendo una fatal catástrofe.

Dejó dicho que si á la hora de embarcarse no habia vuelto, que marchase la servidumbre y los equipajes, y ellos irian en otro buque.

Puso su caballo á un trote largo, y con todo llegó á Santa Clara á las cuatro menos cuarto.

Desde las ventanas del edificio se veia el mar, distinguiéndose perfectamente el buque en que Blanca debia marcharse á las cuatro.

El doctor en efecto estaba allí segun ella lo pensó. Habia tomado tranquila posesion del gabinete que habitó siempre la jóven. Aun

permanecian en él la cama, los muebles y los libros que usaba. Y sobre todo un silloncito de terciopelo azul, donde pasó largas horas convaleciente de su enfermedad.

El doctor se sentó en él, habiéndole colocado enfrente del balcon, desde donde veía el puerto.

A su derecha, sobre una mesa y al alcance de su mano, puso dos pistolas.

En aquel momento entró Blanca sin hacer el mas pequeño ruido, y se colocó detrás del sillón.

Eran las cuatro en punto.

El buque hizo la señal de partida; poco despues, alejándose á todo vapor, cruzó por delante de Santa Clara. El doctor, conmovido y tembloroso, le vió marchar.

Se puso la mano izquierda en el corazon como si sintiera en él un dolor muy agudo, y exhalando un prolongado gemido, murmuró con voz lastimera:

—¡Adios!.... ¡adios!....

Luego con un movimiento febril cogió una pistola, la montó y aplicó el cañon á su sien.

El tiro salió; pero pasando por encima de su cabeza, fué á clavarse la bala en un magnífico espejo que hizo trescientos pedazos.

Blanca, con solo estender la mano, apartó la mortífera arma de su frente.

El doctor, rígido, iracundo, se levantó bruscamente, creyendo que el guarda de Santa Clara, única persona que habia en toda la casa, habia tenido el atrevimiento de penetrar hasta allí.

Empero se quedó atónito, asombrado al ver delante de sí á la hermosa jóven que cual un ángel salvador se presentaba á su vista.



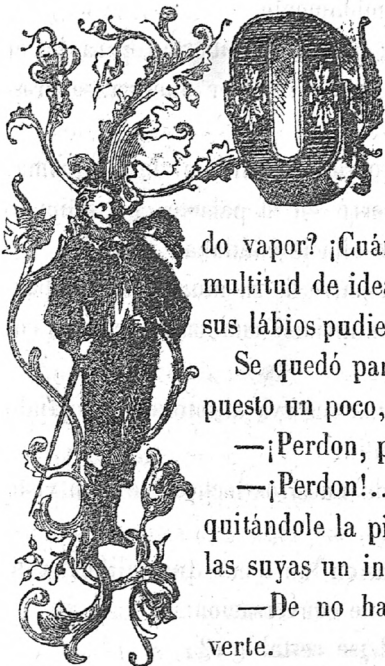


Lit. Lebielle, c. Monverrin, 3.

El buque alejándose á todo vapor cruzó
por delante de S^{ta} Clara .

CAPITULO XX.

Continúa el anterior.



n! ¿quién sabe las diferentes sensaciones que experimentaría el doctor al encontrar á su lado á la que creía ver alejarse en aquel velero buque que caminaba á todo vapor? ¡Cuán distintos sentimientos!.... ¡qué multitud de ideas acudieron á su mente, sin que sus labios pudieran formular ni una sola frase!...

Se quedó parado, inmóvil; luego, apenas re-
puesto un poco, articuló con voz conmovida:

—¡Perdon, prima mia! ¡perdon!....

—¡Perdon!.... ¿y de qué?.... exclamó ella quitándole la pistola y reteniendo su mano entre las suyas un instante.

—De no haber tenido valor para vivir sin verte.

Blanca, enternecida, rompió á llorar; él la miró, y llorando también como una criatura, cayó á sus piés exclamando:

—¡Oh! ¡permíteme, por Dios, que viva á tu lado!.... nunca te hablaré de amor, jamás una palabra mia ofenderá tu oido; solo

anhelo estar cerca de tí ocupando el lugar del último de tus esclavos.

—¡Eso es imposible!.... en Madrid tienes tu esposa, allí te conocerán!....

—Yo respondo de lo contrario.

—¡Cómo!.... ¿qué harás?

—¡Disfrazarme de negro!.... tengo una yerba con la cual se tñe el cútis de una manera tan admirable, que efectivamente llega uno á parecer un hijo de Etiopía.

—¡Pero ese es un sacrificio muy doloroso!....

—¡Y qué importa!.... ¿no iba á consumir ahora mismo otro mayor?

—¡Es verdad!.... exclamó Blanca conmovida por aquel amor tan inmenso.

—¿Me lo permites? interrogó tímidamente.

—Ni lo permito, ni lo prohibo; quedas en libertad para hacer lo que quieras. Está visto que no puedo resolver nuestra separacion sin causar tu muerte.

Desde aquel dia el doctor no volvió á separarse de su prima. Cuando llegaron á Madrid, se encerró en el palacio, no saliendo sino para cumplir los encargos que ella le confiaba.

No dió ni un solo paso para informarse de su muger; sin embargo, Blanca tuvo buen cuidado de anunciarle cuantas novedades conoció que podian interesarle.

A pesar de todo, se encerró en una reserva absoluta, no dejando traslucir ni remotamente lo que sentia.

En este estado se hallaba cuando nuestros lectores le han visto en el gabinete de Blanca.

Atormentada ésta por aquella pasion tan tenaz que calificaba de quimera, le dijo, queriendo variar de conversacion:

—¿Y cómo está el jóven pintor? ¿se restablece?

—Sí; desde que la mano piadosa de la condesa Blanca se ha estendido sobre su cabeza, recobra nueva vida.

—¡Gracias á tu ciencia, primo mio!....

—O á tu caridad, por no decir á tu amor.

—No sería propio ese término, porque yo no le amo.
 —En cambio, él te adora; pero has hecho muy bien en arrancar de su pecho esa llama naciente, que á tener alimento, hubiera concluido por consumirle.

—Creo muy acertado cortar esa enfermedad con la ausencia; no me verá mas; en cambio, quiero que vea á Tránsito, que se amen, y uniéndolos, alejarlos de aquí, á fin de que esta pobre niña no presencie la ruina de su familia.

—¿Luego está ya decretada?

—Irremisiblemente; son unos infames; y hoy esa indigna mujer, no contenta con disfrutar mis bienes y mi casa, ha tenido la osadía de mandar arrinconar en una buhardilla trastera el retrato de mi madre.

—Eso prueba una cosa.

—¿Cuál?

—Que los remordimientos de su conciencia van apareciendo y tiene miedo; se la figura á veces que el retrato es la sombra de la marquesa que vuelve del otro mundo á pedirle cuenta de la muerte de su esposo, y horrorizada, le retira de sí, para que nadie la vea temblar delante de una pintura.

—¡Oh! yo la haré que no vuelva á dictar órdenes semejantes, murmuró Blanca preocupada.

El doctor calló porque no tenia costumbre de interrogar jamás á su prima en asuntos que solo á ella concernian.

Escuchaba lo que buenamente queria confiarle; pero nunca la preguntaba.

Mediaron unos instantes de silencio; la hermosa brasileña permanecia pensativa como acariciando una idea con la cual deseaba familiarizarse.

El doctor la contemplaba con la desgarradora expresion de sus ojos, siempre melancólicos y sombríos.

—¿Qué hora es? preguntó Blanca con viveza alzando la cabeza como resuelta á llevar á cabo el pensamiento que la dominaba.

—Van á dar las seis, dijo el doctor mirando su reloj.

—¡Oh! ¡aun tengo tiempo!... murmuró volviendo á quedar pensativa.

No queriendo distraerla en sus reflexiones, el doctor se levantó para marcharse.

—¿Te vas? le dijo ella.

—Si me lo permites.....

—¿Tienes alguna cosa urgente?....

—Ninguna. Ya he visto á mis enfermos, y me retiro porque te veo preocupada y no quisiera molestarte.

—En ese caso, acompañañame á comer, te lo ruego, y despues iremos al cementerio.

—¡Al cementerio!.... exclamó con asombro el doctor.

—Sí; hace mucho tiempo que deseo visitar el sepulcro de mis padres y no he tenido valor para ello; pero hoy me he decidido, y te suplico me acompañes.

—Con mucho gusto; mas, contra mi costumbre, voy á hacerte una observacion.

—¿Cuál?

—La hora que has elegido no es muy á propósito.

—Llegaremos allí al anochecer.

—Cuando aparece mas fúnebre y sombría la mansion de los muertos.

—Y cuando no hay un alma viviente en el cementerio que interrumpa mis oraciones.

—Y acaso no nos permitan la entrada.

—Por eso no hay cuidado; poseo yo una llave de oro que abre todas las puertas; no hay consideracion alguna que me haga retroceder en mis determinaciones, una vez resuelta.

—Si estás decidida, no replico; estoy á tus órdenes.

La jóven dió un ligero golpe en un timbre, que resonó metálicamente.

Lindora se presentó en el dintel.

—La comida, para dentro de media hora; el coche enseguida, y ahora venid á vestirme.

La doncella se inclinó, levantando al propio tiempo la colgadura para que su señora entrase en el tocador.

—Amigo mio, dijo al médico desde adentro: tenga V. la bondad de aguardarme en el comedor.

—Está muy bien, señora; á la orden de V. E., contestó saliendo por otra puerta.

Emma y Lindora la vistieron inmediatamente, cubriendo sus rubios cabellos con una cabellera negra y tan perfectamente dispuesta, que parecia natural.

Tiñeron su hermosa tez con una pomada que trasformó en un instante su blanco y sonrosado color en otro moreno muy subido.

Luego la vistieron un traje blanco en un todo igual al que llevó cuando se presentó en los salones del palacio de Blancarosa, y haciendo que la pusieran unas botas con grandes tacones, que elevaban bastante su estatura, salió al comedor.

Media hora despues, cuidadosamente envuelta en un largo manto, subió en su carruaje, siguiéndola el doctor.

Al ir á cerrar la portezuela, se presentó un negro alto, grueso, que venia de la calle.

—Señora, ¿puede V. E. escuchar dos palabras?... dijo inclinandose respetuosamente con el sombrero en la mano.

—Sí; ¿cómo no has venido antes?... exclamó la jóven haciendo seña á los demás criados para que se retirasen.

—Me fué imposible, contestó el administrador; pues él era quien detuvo la salida del coche.

—Bien; ¿y qué quieres?

—Necesito fondos; tengo ya los pagarés.

—¿A cuánto ascienden?

—A ochenta mil duros; los hay de toda la familia, hasta de la hija mayor.

—Corriente; haz que te los entregue mi cajero; ¿y tienes alguna noticia importante que comunicarme?

—Una que no sé qué grado de interés pueda tener para V. E.

—Veámosla.

—Esta tarde á las dos ha visitado la señora de Mendoza á la marquesa de Blancarosa.

—¿Y qué ha resultado de esa visita?

—Se han despedido muy friamente, sin que me haya sido fácil averiguar el objeto sobre que haya versado su conversacion.

—Bien; y del conde del Olivo, ¿qué has averiguado?

—Me ocupo en catequizar á su ayuda de cámara y espero que esta noche me revele algo.

—¿En qué se ocupa ese buen conde?

—Pasa los dias sin salir de su quinta; se ha convertido en un filósofo melancólico; solamente sale para ir á la quinta de la Retama, y siempre vuelve disgustado y sério.

—Está bien; procura descubrir todos sus secretos.

Blanca, como dando por concluida la audiencia, alzó la mano despidiendo al administrador, y reclinándose en los almohadones de la carretela, dió la orden de partir, despues de indicar al lacayo el sitio á donde se dirigian.

El carruaje partió con rapidez.

—Primo mio, dijo Blanca mirando al doctor con fijeza, voy á darte una noticia.

—Te escucho, contestó éste inclinando ligeramente la cabeza.

—¿Con curiosidad?

—No por cierto; sabes que no es ese mi flaco.

—Sí, ya sé que por nada se altera tu helada impassibilidad; pero esto te interesa.

—A mí todo en el mundo me es indiferente.

—Acaso no lo sea la certidumbre de que el conde del Olivo está enamorado de Guillermina.

—Buen remedio; si ella le ama, que se casen.

—¿Lo permitirías?

—Desde luego, y si para ello necesitasen la partida de defuncion de su esposo Lúcas de Mendoza, yo se la daré.

—¿La tienes?

—En toda regla, héla aquí.

Con la mayor serenidad sacó su cartera y de ella un papel que

presentó á la jóven. Ésta lo tomó, y examinándole á los últimos rayos del sol, que se ausentaba en el ocaso, le halló enteramente conforme.

—¡Y cómo has adquirido este documento! le preguntó con admiración guardándosele en igual de devolvérsele.

—Muy sencillo: tú tienes una llave de oro que abre todas las puertas, pues esa misma llave allana tambien todas las dificultades.

—Aquí aparece Lúcas de Mendoza como fallecido en el Brasil en la ciudad de San Pablo.

—Y efectivamente allí falleció un Lúcas de Mendoza, que no era el esposo de Guillermina, sino un primo suyo, que por casualidad llevaba el mismo nombre, por lo cual, con algunas alteraciones y la variacion del año en que ocurrió el accidente, ha quedado la fé de muerto en beneficio de.....

El doctor se interrumpió como dudoso.

—De Guillermina, exclamó Blanca concluyendo la oracion.

—Ciertó, ese papel será para ella un hallazgo precioso.

—Que yo me encargo de presentarla en ocasion oportuna.

—Como gustes; por mi parte, ya sabes cuáles son mis ambiciones y mis sueños.

El corazon del médico negro, enfermo y profundamente lastimado por espacio de tantos años, habia llegado á no sentir mas impresiones que las que le inspiraba su propio dolor. Sin embargo, tenia que llegar un dia en que, sufriendo un choque violento, se despertase en él una afeccion profunda que nunca habia conocido: el amor de padre; la que sin duda alguna trastornaria todo su sér.

Quando le anunciaron la existencia de su hijo, y de un hijo de quince años, del que no tenia la menor idea, le pareció un sueño, lo encontró extraño, y como para él todo llegó á ser indiferente, lo miró tambien con la indiferencia propia, base de su carácter. Se calló como callaba siempre, y encerrándose mas y mas en su profunda soledad, no dió ni un solo paso por verle, y hasta se lo prohibió á sí mismo.

¿Quién sabe si esta prohibición dimanaria de un sentimiento diverso!.... ¡Temeraria acaso que á la vista de su hijo saltasen las ocultas fibras de su alma y le denunciases cuando le convenia guardar el mas riguroso incógnito, no solo por él, sino por el buen nombre de su prima!.... Quizá esta idea le animase en la resolucion que tomó; ello es que la siguió con asombrosa exactitud.

Blanca, pasmada por aquella determinacion, quiso un dia interrogarle; mas se impuso sobre este punto un absoluto silencio cuando le oyó esclamar:

—Prima mia, nadie mejor que tú pudiera penetrar en el abismo sin fondo de mi corazon; pero no lo intentes jamás, no quieras conocer mis sentimientos ni el estado de mi alma, si quieres conservar la suave y pura tranquilidad de la tuya. Las tinieblas y el horror imperan siempre en el caos donde no puede penetrar un rayo del hermoso sol que todo lo vivifica, y yo estoy condenado á no embriagarme con los gratos resplandores de ese astro de luz y de armonía, á no sentir el dulce calor de ese rayo magnético, el misterioso y atractivo impulso de ese sol de las almas: el amor.

Desde entonces la jóven cesó de interrogarle; pero no desperdió las ocasiones de herirle en aquella cuerda tan insensible al parecer, aguardando que el tiempo le permitiese tocar el verdadero resorte que habia de hacer saltar en pedazos aquella coraza de acero.



SEGUNDA PARTE.

CAPITULO I.

El cementerio.



El carruaje que conducía á Blanca y al doctor, rodaba rápidamente por las calles de Madrid, dirigiéndose hácia la puerta de Toledo, por la cual salió cuando los últimos rayos del sol comenzaban á verter sus ardientes resplandores en los estériles y tristes campos que rodean la coronada villa.

Nuestros amables lectores recordarán que los acontecimientos que estamos narrando acontecian al finalizar el mes de Julio de 1849.

Por entonces Madrid no era el Madrid de hoy; en trece años ha cambiado mucho; pero siempre en progresion ascendente, embelleciéndose y reformándose por grados cual corresponde á la capital de la monarquía.

Los cementerios, desde aquella época, tambien han variado, aumentándose y recibiendo cada dia nuevas mejoras y bellos ornamentos que amenicen el vasto y triste lugar donde las grandezas

del mundo van á convertirse en polvo. Sin embargo, lo mismo entonces que ahora, siempre ha sido una mansion triste y pavorosa. Allí impera el silencio y la calma sepulcral de la muerte, y en su retiro profundo no se escucha el bullicio, la continúa agitacion de la vida.

Blanca llegó al anochecer, y no descendió de su carretela hasta que el doctor se hubo asegurado de que podia visitar sin obstáculo la tumba de sus padres.

Apoyándose en el brazo de su primo, penetró en el sombrío recinto. El conserje los aguardaba en el umbral, sombrero en mano, comprendiendo que aquella visita podria valerle una buena gratificación.

—¿Es V. el conserje del cementerio? le preguntó Blanca.

—No, señora, contestó; el conserje está enfermo y ha tenido que salir de aquí á respirar unos aires mas puros; entretanto yo he quedado interinamente desempeñando su cargo.

—¿Y el capellan? volvió á preguntar la jóven.

—Tampoco está, ni dormirá esta noche en el cementerio.

—¿De modo que está V. solo?

—Completamente solo; pero llevo ya mucho tiempo aquí, y si necesita V. alguna cosa, acaso pueda complacerla.

—Sí; deseo visitar el panteon de los marqueses de Blancarosa; ¿sabe V. en qué patio está?

—En el segundo; pero ya es de noche y apenas podrá V. distinguir los letreros de las lápidas.

—No importa; V. nos hará el favor de facilitarnos luces, ¿no es verdad? yo en cambio le recompensaré la molestia que vamos á ocasionarle.

—Con muchísimo gusto, señora; estoy pronto á complacer á V. en todo aquello que me permitan mis fuerzas.

El conserje interino era un hombrecillo pequeño y delgado; pero de una musculatura vigorosa. Representaba unos cuarenta años, reconociéndosele á primera vista por un hombre del pueblo sumamente pobre y dispuesto á prestar cualquier servicio con tal de ganar algunos céntimos.

Así fué que en cuanto oyó la palabra recompensa, se mostró lo mas amable y servicial del mundo.

Entró en su habitacion á preparar unos hachones, en tanto Blanca y el doctor recorrian el primer patio.

—Es preciso, dijo á su primo, que este hombre se preste de grado ó por fuerza á mi exigencia.

—¿Qué es lo que deseas?

—Ahora lo verás; tú apóyame en todo, y si no le ves blando á la seducción, tendrás que hacer uso de la amenaza.

—¡Silencio! él viene; pero ¿qué espectro es aquel que le acompaña?

Blanca se volvió y miró con asombro á una muger escuálida, con los ojos hundidos, el cabello suelto y los vestidos en desórden, que seguía al conserje, llevando un gran hachon de cera en la mano.

—¿Es la esposa de V.? le preguntó el doctor.

—Creí haber oido que estaba V. solo, añadió Blanca.

—¡Mi muger! exclamó; ¡Dios me libre de entregar mi mano á tal esperpento! es una escapada de la tumba.

—¿Cómo de la tumba!... ¡qué dice V.!

—¡La verdad! hace quince años que estuvo ahí en ese patio confundida con mas de cien cadáveres, esperando que la enterrasen; pero cuando fueron á efectuarlo, se levantó de un salto, miró con horror el sitio á donde estaba, y al verse rodeada de muertos, quiso huir, mas faltándole las fuerzas, cayó otra vez sobre ellos, quedándose sin sentido. Los sepultureros, conociendo que sería una de tantas víctimas como vinieron por aquellos dias, la levantaron, esperando á que volviese en sí.

—Con qué atencion escucha, dijo Blanca mirando la inmovilidad con que tenia fijos los ojos en el conserje.

—¡Quiá, señora! si no entiende una palabra.

—¿Cómo que no entiende?...

—Porque es sorda, muda, idiota y loca.

—¡Jesús, María,.... ¿cómo un idiota puede ser loco?

—Yo no lo sé; lo cierto es que aquí tenemos una muestra.